

cuando desterrámos de nuestro corazon el temor y respecto que le debiamos. Estos pues fuéron los verdugos que maltrataron y crucificaron este Señor; ca por destruir á ellos, el Padre eterno entregó su unigénito Hijo á los tormentos de la cruz. En lo cual abiertamente mostró la grandeza del odio que tenia contra el pecado; pues por matar al pecado, ofreció á la muerte su amantísimo Hijo. Porque sabiendo él que no habia otro medio mas conveniente que este para tomar venganza del pecado y desterrarlo del mundo, consintió en la muerte del Hijo por matar á este adversario. Aquí os ruego me digais, ¿qué hará este Señor del hombre que hallare envuelto y abrazado con el pecado, pues esto hizo con su propio Hijo, cuando tomó sobre sí la carga de los pecados?

Y el mismo Hijo de Dios aborreció tanto este monstruo, que por alcanzarnos fuerzas de gracia para vencerlo, se puso á padecer todas las tempestades y encuentros de los hombres y de los demonios, y todos los azotes de la indignacion divina, merecidos por el pecado. Y no solo lo que sufrió en su sagrada pasion, mas todo cuanto en este mundo hizo y dijo, á este fin entre otros se ordenó; y así dijo Esaiás (a), que el fruto de todos los trabajos de Cristo era desterrar y quitar de por medio el pecado. De modo que aunque sean innumerables los frutos de la venida y pasion del Hijo de Dios, es tan propio y tan esencial este de la destruicion y remision de los pecados, que dél mas principalmente hacen mencion todas las sanctas Escrituras, como de raiz y fuente de todos los otros males. Y así el mismo Señor en la postrera cena consagrando su preciosa sangre, dijo (b): Este es el cáliz de mi sangre, la cual será derramada por vosotros, y por otros muchos en remision de los pecados. Y el mismo Señor por Sant Lucas, despues que abrió el entendimiento á los discípulos para entender las escrituras que dél hablaban, les dijo (c): Así está escrito, y así convenia que Cristo padeciese y resuscitase, y luego se predicase penitencia y perdon de pecados en todas las gentes, comenzando dende Hierusalén. Y el apóstol Sant Pedro en los Actos de los apóstoles, predicando el Evangelio á Cornelio Centurion y á su familia, dijo (d), que todos los profetas testificaban que los pecados se perdonaban á los hombres por los méritos y pasion deste Señor. Y así el profeta Miqueas hablando dél, dijo (e) que nos libraria de todas nuestras maldades, y arrojaria en el profundo de la mar todos nuestros pecados. Y finalmente el sancto Precursor de Cristo, viéndole una vez pasar delante de sí, dijo (f): Veis aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. De lo dicho parece claro, que la principal causa del sacrificio de la Cruz fué la victoria del pecado, pagando lo que por él debiamos con tantos dolores, y mereciéndonos por ellos gracia y fortaleza para vencerlos. En lo cual se ve cuán grande sea la malicia deste monstruo, pues tanto fué menester para desterrarlo del mundo.

Muchos y muy espantosos castigos ha habido dende el principio del mundo, con los cuales aquel soberano Juez ha mostrado el extraño odio que tiene contra el pecado, de que las Escrituras sanctas están llenas; y bastaba para esto la pena eterna del infierno, que es proprio castigo dél. Mas todos estos castigos, con ser tan grandes, no declaran tanto la grandeza deste odio, como la venganza que dél tomó el Padre eterno en la

(a) Esai. 27. (b) Matth. 26. (c) Luc. ult. (d) Actor. 10. (e) Mich. ult. (f) Joann. 1.

muerte de su unigénito Hijo, por haber tomado sobre sí las deudas de los pecados. Por lo cual con mucha razon se queja este Señor del pecador, que despues de tal satisfaccion se atreve á pecar, diciendo por Sant Bernardo: ¿Por ventura no fuí asaz afligido por tus pecados? ¿Por qué añades afliccion al afligido? Ca mucho mas me atormentan las heridas de tus pecados, que las llagas de mi cuerpo.

Pues siendo esto así, ¿quién tiene atrevimiento para cometer un solo pecado? ¿Quién no tiembla de solo el nombre dél? ¿Y quién no tiembla de vivir en un mundo tan malo y en un cuerpo tan flaco, donde tiene tantos motivos y ocasiones para pecar? Y sobre todo esto, ¿quién de los que esto entienden y creen no queda muchas veces fuera de sí, viendo la facilidad con que los hombres cometen tantos pecados, habiendo Dios anegado el mundo y hecho de ángeles demonios, y (lo que mas es) entregado su Hijo á la muerte por los pecados? ¿Veis pues cuánta luz nos da este misterio para entender la malicia del pecado, y para causarnos un cruelísimo odio contra él?

§. ÚNICO.

Estimacion que se debe tener de la virtud y justicia, viendo lo que Dios hizo por ella.

Pues no nos da menor motivo para enamorarnos de la virtud y justicia, de la cual pende nuestra salvacion. Y así el profeta Daniel á estas dos cosas tan principales dice que se ordenó la venida del Salvador (g): que son dar fin al pecado, y introducir la justicia y sanctidad en el mundo. Pues en cuánto se deba preciar esta justicia, vese por lo que este Señor hizo sobre esta demanda; pues él mismo en persona quiso venir por embajador y procurador della. Con lo cual declaró bastantemente cuán grande era la causa que tuvo tal embajador, tal orador y tal procurador. Y siendo este Señor el que para criar el mundo no tuvo necesidad mas que de solo querer, cuando quiso tratar de la salud del hombre, ¿cuántas palabras habló? cuántas obras hizo, y cuántas cosas padeció? Pues ¿quién no estimará en mucho un negocio en que Dios puso tanto caudal? Si á los hombres parecia que era pequeño negocio ser virtuosos, y anteponian todos los otros negocios á este, vean por aquí cuánto se deba anteponer este á todos los otros; pues la causa de tan gran misterio y de todo lo que el Hijo de Dios en este mundo obró, fué hacer al hombre amador de la virtud. Así lo confiesa Sant Augustin por estas palabras: Decendiste á este mundo, vida mia, y destruiste mi muerte con tu vida; y sonó tu voz en el mundo como un trueno, clamando con palabras y obras, con muerte y vida, con bajar y subir al cielo, que nos volvamos á tí; y esta vuelta no puede ser por otro camino que el de la virtud. Pues ¿qué cosa mas encarecida que la que por tantos medios se encomendó? Cuando un hombre sabio, sobre un pleito que trae, va y viene muchas veces á Roma, entendemos que debe ser el negocio de grande importancia, que le hace andar tantos y tan largos caminos. Y pues aquel tan sabio Hijo de Dios tantos caminos anduvo sobre este negocio, como fué bajar hasta la tierra, hasta el pesebre, hasta la cruz, hasta el sepulcro, hasta una parte del infierno, argumento es que debe ser grandísimo el negocio que trata, pues tantas expensas y caminos le cuesta. Y por tanto si este Señor, no siendo

(g) Dan. 9.

suyo el negocio, sino tuyo, tanto lo estimó por su solahondad, tú, cuyo es el negocio, cuya es la causa, y cuyo es todo el provecho della, ¿en cuánto será razon que lo estimes? ¿Ves luego cuán abiertamente se conoce por este misterio el valor y precio de la virtud, y cuánto queda el hombre por esta razon obligado á estimarla y aficionarse á ella?

CAPITULO XIV.

Octavo fructo del árbol de la Cruz, que es la caridad.

Despues de haber tratado en comun del amor de la virtud y aborrecimiento del pecado, síguese que tratemos luego de algunas particulares virtudes, para las cuales hallarémos grandes ejemplos y motivos en el misterio de la Cruz. Porque (como se suele decir) la doctrina moral es de poco provecho tratada generalmente, si no se deciente á lo particular. Por tanto, habiendo de escribir aquí destas virtudes, comenzarémos por la mayor dellas, que es la caridad: de cuyas excelencias tratámos algo en dos libros del amor de Dios, á los cuales remitimos al cristiano lector. Solamente dirémos aquí que la caridad es reina y señora de todas las virtudes: ella la vida, la forma, y el ánima y la hermosura dellas, sin la cual (como dice el Apóstol) (a) ni la fe, ni la esperanza, ni la profecía, ni el martirio, ni el hablar en lenguas de hombres, ni de ángeles, ni otra alguna virtud tiene precio ni mérito ante Dios. Y sobre todo esto ella es la que nos da fuerzas y aliento para todas las obras virtuosas. Porque esta es la condición general del amor, esforzar al hombre para cualquier trabajo que se deba de hacer por la cosa que ama. El amor del dinero hace al hombre ir hasta el cabo del mundo, y no recelar peligros de mar ni de tierra. El amor hace con los padres sufrir todas las molestias y cargas de sus hijos, y desposeerse de cuanto tienen por remediarlos. De suerte que, cuando es menester caminar, sirve de piés; cuando dar, sirve de manos; cuando llevar cargas, sirve de hombros, y cuando acometer peligros, sirve de ánimo y corazon. Pues para alcanzar esta virtud habia un grande impedimento, así por parte de la bajeza de nuestra naturaleza, como por parte de la alteza de la divina. Porque como el espíritu del hombre esté ahí atado y como sumido en este cuerpo material, y no pueda entender nada sino por las imágenes de las cosas sensibles, no se aplica tan fácilmente á amar sino las cosas sensibles, y porque en las espirituales no halla tomo, aunque sean mucho mas nobles. Pues como Dios sea un espíritu altísimo y purísimo, y esté infinitamente encumbrado sobre todo lo criado, y tenga él otra manera de sér tan diferente de todo otro sér criado, parecerle ha al hombre ignorante que ningun linaje de proporcion hay entre el hombre y él, para que lo haya de amar con summo amor (como él merece) no pudiéndolo ver ni imaginar como á las cosas que en la tierra ama. Y así se escribe de un simple ermitaño (b), que teniendo el error de aquellos herejes que ponian en Dios miembros humanos, como fuese desengañado deste error, no acertaba á contemplar en Dios como solia, y quejábbase diciendo: ¡Ay! que me han quitado á mi Dios!

Pues ¿qué remedio para esta rudeza humana? Hallólo la sabiduría divina muy conveniente con el misterio de la encarnacion: por el cual el mismo Hijo de Dios se

(a) 1. Cor. 13. (b) Somniavit. Tertullianus. Apud August. epist. 157. Optato.

vistió de carne, y conversó en este mundo con los hombres; y desta manera ya el hombre de carne, que no sabía amar sino cosas envueltas en carne, tiene á su Dios vestido desta ropa tan acomodada á su propia naturaleza. Desta manera pues, aquel purísimo espíritu, envuelto en carne, se hizo amable á los hombres que no sabían amar sino cosas de carne. Lo cual (como adelante verémos) nos representa aquel calor que recibió la carne del niño muerto, hijo de la huéspeda de Heliseo, cuando el Profeta se encogió y se tendió sobre él (c).

§. I.

Descubriónos Dios sus amabilísimas condiciones, para enamorarnos de sí en este soberano misterio.

Mas hay aun aquí otra cosa mucho para considerar, y es que la principal dificultad que el hombre hallaba en levantarse á amar aquel Espíritu altísimo, era no saber las propiedades y condicion que tiene para con los hombres, por ser aquella soberana substancia infinitamente aventajada sobre la nuestra, y así imaginaria que no tiene las propiedades acomodadas á nuestro amor. Pues para sacarnos deste engaño, y quitar este impedimento, decendió el Hijo de Dios del seno de su padre á este mundo, y conversó con los hombres, con tanta caridad, con tanta mansedumbre y humildad, con tanta piedad y blandura, con entrañas de tanta misericordia y compasion de las miserias humanas, con tanto celo de la salvacion de las ánimas, que todos los pasos de su vida sanctísima empleó en remediar las enfermedades de los cuerpos, y en procurar la salvacion de las ánimas. Pues ¿qué diré de las entrañas de misericordia que mostró cuando vió la ciudad de Hierusalén, llorando y lamentando su caída (d)? Por donde las primeras palabras que habló en la Cruz fuéron rogar al Padre por los que en aquel tiempo, no contentos con ver lo que padecia, estaban escarneciendo dél (e). ¿Qué diré de aquella tan profunda humildad que mostró el mismo día que resucitó, enviando á la sancta Magdalena con este recado (f): Vé á mis hermanos, y díles que subo á mi Padre, y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios? Pues ¿qué mayor humildad y blandura, que el Señor de todo lo criado llamase á unos rústicos pescadores hermanos suyos, y mas habiéndole sido dos dias ántes tan desleales, que al tiempo de la pasion echaron á huir, y le dejaron en medio de sus enemigos? Finalmente, tanta fué la blandura de su piedad y misericordia para con los flacos, mayormente en su primera venida, que por eso en las escrituras, así del Viejo como del Nuevo Testamento, es llamado Cordero. Porque así lo llama Esaiás (g), así el sancto Baptista (h), y Sant Juan Evangelista, en su Apocalipsi (i).

Es tambien una señalada condicion de aquella infinita bondad tener grande amor á los buenos, y grande aborrecimiento á los malos, en cuanto malos. La primera destas dos cosas nos mostró, cuando diciéndole un hombre que su madre y sus hermanos le buscaban, respondió (k): ¿Quién es mi madre, y quién mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: Estos son mi madre y mis hermanos. Porque quien quiera que hiciere la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Pues ¿con qué palabras se pudiera encarecer mas la dignidad de los

(c) 4. Reg. 4. (d) Lucae 19. (e) Lucae 23. (f) Joan. 20. (g) Esai. 53. (h) Joan. 1. (i) Apoc. 5. (k) Matth. 12.

buenos, y la grandeza del amor que Dios les tiene? Pues el aborrecimiento de los malos mostró en las reprehensiones tan libres de la hipocresía, avaricia, ambición, y superstición de los sacerdotes y fariseos: por las cuales por tantas artes y maneras le persiguieron, y no descansaron hasta ponerle en la cruz; y aun allí no cesaban de crucificarle con sus lenguas. Este mismo odio mostró entrando en el templo. Porque vistas las mesas, y el dinero, y el ganado que dentro dél estaba para venderse (l), hizo un azote de los cordeles que allí había, y con una extraña severidad, á fuerza de azotes, echó los merchantes del templo, y derribó las mesas y las sillas dellos, y derramó el dinero que estaba sobre las mesas. Pues ¿quién no ve por este tan grave castigo el aborrecimiento que este Señor tiene á los malos? Mas por otra parte, cuánta haya sido su caridad y benignidad para con buenos y malos, muy bien lo declaró en aquellas suavísimas palabras, con que convida y llama á los unos y á los otros, diciendo (m): Venid á mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os daré refrigerio. No acabaremos á este paso de contar las virtudes y noblezas que este clementísimo Señor nos mostró en su vida santísima. Pues según esto, quien quisiere saber las propiedades y condiciones que tiene aquel altísimo y soberano Señor para con los hombres, ponga los ojos en este retrato y imagen del Padre, y en él como en un perfectísimo espejo verá las entrañas y la condición de aquel Señor que quiere amar. Porque realmente tal es el Padre, cual el Hijo que salió del seno del Padre. Y así dijo él á Sant Filipe (n): Filipe, quien ve á mí, ve á mi padre. Y pues tan amable se nos representa aquí el Hijo vestido de carne, sepa que tal es el Padre, aunque esté libre y exempto de toda carne. En lo cual se ve con cuánta razón dijo el Apóstol (o) que era grande el sacramento que se había mostrado en la carne. En lugar de las cuales palabras otros trasladaron: Dios se manifestó en la carne. Porque verdaderamente con ninguna de cuantas obras tiene Dios hechas, manifestó y descubrió tanto al mundo quién él era, y las propiedades que tenía, como enviando el Hijo que salió de su seno al mundo, vestido de nuestra carne; para que conociendo á Dios en esta forma visible, se levanten nuestros corazones al amor de las cosas invisibles.

Este tan grande motivo de amor de Dios sacamos del misterio de la Encarnación. Mas con este sacamos otros mayores del misterio de la pasión. Porque tres cosas señaladamente mueven nuestra voluntad á amar una persona. La primera es la bondad, la segunda los beneficios, la tercera el amor: que es ser amado de la tal persona. Porque primeramente la bondad es objeto tan propio de la voluntad, como el color de la vista; y así no puede nuestra voluntad amar sino lo que es bien, ó tiene apariencia dél. Los beneficios otrosí son tan poderosos para causar amor, que hasta las fieras reconocen y aman á sus bienhechores; de cuyos ejemplos están llenas las historias. También el ser amado mueve mucho más al retorno del amor. La razón es, porque el amor es el primero, y el mayor, y como raíz de todos los otros beneficios: ea por este se da el hombre á sí y á todas sus cosas, pues todas ellas, como dicen, son comunes á los amigos. Estas tres causas de amor se hallan de tal manera en el misterio de la Cruz, que parece que ni la muestra de la bondad y caridad de Dios pudiera ser ma-

(l) Matth. 21. (m) Matth. 12. (n) Joan. 14. (o) 1. Timot. 5.

yor, ni el beneficio mas crecido. Destas tres cosas tratémos al presente; aunque de la bondad se tratará adelante en su propio lugar. Agora comencemos por el beneficio recibido.

§. II.

Soberanos beneficios y riquezas inestimables que se nos comunican por este misterio.

La grandeza deste beneficio se conoce por lo que en él se nos dió, y mas por la manera en que se dió, y mucho mas por la causa que se dió. Lo que se nos dió (como dice el Apóstol) son bienes incomprendibles. Y así dice él (p): A mí, el menor de los sanctos, fué dada gracia para predicar á las gentes las riquezas incomprendibles que se dieron al mundo por Cristo, y para alumbrar á todos y declararles la dispensación y misterio deste sacramento escondido en todos los siglos en el pecho de Dios vivo, que crió todas las cosas. Y especificando mas el mismo Apóstol la grandeza destas riquezas, dice un poco ántes (q): Dios, que es rico en misericordias, por la grandeza de la caridad con que nos amó, estando muertos nos dió vida por Cristo (por cuya gracia somos salvos), y nos resucitó juntamente con él, y nos asentó en las sillas celestiales para mostrar en los siglos advenideros la magnificencia y riquezas de su gracia y bondad, de que usó con nosotros por Cristo su hijo. Hasta aquí son palabras del Apóstol: en las cuales levanta tanto al hombre caído que de esclavo de Satanás lo hermana con Cristo y hace semejante á él; pues con él recibe vida, y con él juntamente resuscita, y con él sube á los cielos, y recibe silla en ellos; porque de todos estos bienes gozarán los escogidos por el misterio de la Cruz. Y para resumirlo todo en una palabra, por este misterio se nos dan bienes de gracia y gloria, que son las dos mayores cosas que la omnipotencia de Dios puede dar á una pura criatura. Y esta gracia, que es, como dicen los sanctos, gloria comenzada, se nos da por Cristo en tanta abundancia, que dice el mismo Señor (que nos la mereció) en el Evangelio estas palabras (r): Si alguno entrare por mí (que soy la puerta para ir al Padre), entrando y saliendo por esta puerta, hallará pastos para su ánima abundosos. El ladrón no viene sino para hurtar, y matar, y destruir el ganado; mas yo vine para que mis ovejas tengan vida, y no como quiera, sino en grande abundancia. Pues esta abundancia es la muchedumbre y riqueza de las gracias y dones del Espíritu Sancto que nos fueron dados por Cristo; la cual fué figurada en las grandes riquezas que hubo en tiempo de Salomon, donde era tanta la abundancia de la plata como de las piedras, y de los cedros como de las higueras locas que nacen en los campos (s). Y por esta abundancia temporal quiso el Espíritu Sancto representar la abundancia de las riquezas espirituales de la gracia que se nos había de dar en el tiempo que reinase el verdadero Salomon, que es Cristo. Lo cual en parte se ve en la virtud de los sacramentos que dan gracia al que dignamente los recibe, y señaladamente en el mayor dellos, que es el divinísimo sacramento del Altar.

§. III.

Trabajos que costó al Hijo de Dios la riqueza que se nos da tan de balde.

Mas miremos agora por qué medio, esto es, por cuántos trabajos nos ganó el Hijo de Dios esta abundancia de

(p) Ephes. 3. (q) Cap. 2. (r) Joan. 10. (s) 3. Reg. 10.

bienes, que es una de las consideraciones que mas enternece los corazones de los sanctos. Y así dice sant Buena-ventura: Mira agora, hombre, y diligentemente piensa las maravillas que el Señor obró sobre la tierra. Dios es escarnecido, para que tú seas honrado; el inocente es azotado, para que tú seas consolado; el justo es crucificado, para que tú seas absuelto; el Cordero sin mancilla es muerto, para darte de comer; y su costado es abierto, para darte de beber. Y conforme á esto dice Sant Bernardo (t): Aquella Majestad singular quiso morir para que viviésemos; y servir, para que reinásemos; y ser desterrado, para restituirnos nuestra patria; y abatirse á cosas muy bajas, para hacernos señores de todas sus cosas. Y Sant Agustín, hablando en figura de Cristo, repite cuasi la misma sentencia por estas palabras: Siendo tú enemigo de mi Padre, te reconcilié con él; y estando apartado, te reduje á él; y andando descarriado entre montes y breñas, te busqué, y sobre mis hombros te traje, y te presenté á mi Padre. Por tí trabajé, sudé, ofrecí mi cabeza á las espaldas, mis manos á los clavos, mis espaldas á los azotes, mi costado á la lanza, y finalmente toda mi sangre derramé por tí; mas ¡ay! que pecando te apartas de mí. Pues ¿qué daré yo al Señor por tal remedio y por tal manera de remediar? Con razón dice Sant Bernardo (v), que toda la vida debemos á quien por nosotros puso la suya, y á quien tan grandes tormentos padesció porque tú no padecieses eternos tormentos. Pues ¿qué cosa podrá ya ser dura al hombre, viendo que aquel mas hermoso que todos los hijos de los hombres quiso ser crucificado por él? ¡Oh misericordia no debida! ¡oh gracioso beneficio! ¡oh amor nunca pensado! ¡oh espantosa dulcedumbre! ¡Que el Rey de la gloria haya querido morir y ser crucificado por un gusanillo despreciado! ¡Oh cuán dulce amigo! ¡oh cuán poderoso ayudador! ¡oh cuán prudente consiliario! ¡oh cuán grande amador, que mostrándose tan grande cuando te crió, tanto se humilló cuando te reparó! ¡Allí tan alto y aquí tan bajo! Pero no ménos amable aquí que allí. Allí poderosamente te dió cosas grandes, aquí misericordiosamente sufrió por tí cosas duras; y por levantarte al lugar donde habías caído, tuvo él por bien bajar donde tú estabas prostrado; y para que se te diese lo que justamente habías perdido, quiso él piadosamente sufrir lo que tú habías merecido, que fué la muerte á que estabas condenado. Mas para que sepamos apreciar este beneficio, pongamos los ojos en la dignidad de aquella sacratísima humanidad de Cristo, que en este beneficio entrevino; la cual era dél amada y estimada sobre todas las cosas criadas. Y esto podrá fácilmente cada uno entender por el grande amor que el ánima tiene á su cuerpo; pues se escribe en el libro de Job (x), que piel por piel (esto es, pieza por pieza) dará el hombre, y todo cuanto tiene por su vida. La razón deste tan grande amor es, porque el ánima da el sér que ella tiene á su cuerpo, y así lo ama como á cosa suya y parte de sí misma. De donde nasce que en apartándose el ánima del cuerpo, luego el cuerpo pierde el sér y vida que tenía. Pues es agora de notar que así como el ánima da al cuerpo el sér que tiene, así el Verbo Divino, privando aquella sacratísima humanidad del sér humano que hubiera de tener, le da su propio sér divino; puesto caso que no sea forma della, como lo es el ánima del cuerpo, y por esta causa la ama sobre todo lo criado con incomprehen-

(t) Sup. Cant. serm. 22. (v) Serm. de Quadruplici debito, in med. (x) Cap. 2.

sible amor. Pues siendo esta sacra humanidad amada con tal amor, ¿quién podrá explicar cuán grande beneficio haya sido poner el Hijo de Dios la vida de cosa tan amada por el reparo de la nuestra? Esto puede así brevemente decirse, mas no hay entendimiento humano que lo pueda comprehender. Por lo cual quiero fingir un ejemplo mas palpable, para que siquiera por él entienda algo nuestra rudeza de la grandeza deste beneficio y de la muestra deste amor.

Escríbese en la vida de Sancta Catalina de Sena, que despues de fallecido su padre, rogó á nuestro Señor le eximiese de las penas de purgatorio; mas porque el defuncto no estaba tan libre de culpas, que no fuese necesario (según las leyes de la divina justicia) ser primero purgadas, fuéle respondido que aquello no se podía hacer, sino tomando ella á cargo la satisfacción de aquellas penas, padesciendo toda la vida un dolor de ijada. Lo cual la vírgen aceptó de buena voluntad; y así padesciendo ella esta enfermedad, libró al padre de aquella obligación. Pues finjamos agora que estuviere un hombre noble y virtuoso en una cama con terribles accidentes de piedra, de gota, de jaqueca, de estómago y de otros males semejantes, dando voces con la fuerza de los dolores, aplicándole los médicos muchas maneras de remedios en vano. Pues si estando él así tan congojado, y toda su familia turbada y revuelta con la congoja de su señor, entrara esta vírgen, y viendo lo que pasaba se enterneciera tanto con aquellas sus entrañas de caridad, que se pusiera en oración y pidiera á nuestro Señor con grande instancia que librase aquel doliente de tan grandes dolores, y que ella se ofreciera á padescerlos todos por él; y aceptándole Dios esta petición, y quedando por ella el enfermo libre de tan grandes dolores á costa de la vírgen: pregunto ¿qué haría este hombre noble y agradecido, cuando por este medio súbitamente se viese sano? ¿Qué gracias le daría? ¿Qué servicios le prometería? Con qué palabras le agradecería esta tan grande caridad? ¿A qué trabajos y caminos, á qué gastos y expensas no se obligaría en servicio desta vírgen? ¿Qué bienes tendría en su casa, que no los pusiese en manos della? ¿Qué devoción le tendría toda su vida? ¿Qué lágrimas tan dulces derramaría cuando se acordase deste beneficio y desta tan extremada caridad? Y sobre todo esto, ¿qué compasión tendría de la vírgen cuando la viese estar penando con todos aquellos dolores que él padecía? Pues, ¡oh desagradecimiento humano, que no sabes siquiera por semejantes ejemplos estimar lo que debes á tu Redemptor! Porque ¿qué es este beneficio, si se compara con el de nuestra redempción, sino una pequeña sombra de bien? Porque lo mas que en aquel se dió fué salud del cuerpo, mas aquí se da del ánima, que sin comparación es mayor; allí se dió salud temporal, aquí se da eterna; allí fué librado aquel doliente de dolores que se acaban con la vida, mas aquí fué librado el hombre de tormentos que nunca se acabarán; allí una pobre mujer, hija de un tintorero, se quiso obligar á padecer lo que aquel hombre noble padecía (lo cual es cosa que muchas veces ha acedido en el mundo, ofresciéndose un fiel vasallo á la muerte por librar su rey), mas aquí por el contrario, el altísimo Hijo de Dios, y el Rey de los reyes, y Señor de todo lo criado, se quiso poner á recibir todas las penas que su vil y desconocido esclavo merecía, para librarlo dellas.

§. IV.

Sube de punto la consideracion deste inestimable beneficio.

Hay aquí otra circunstancia bastante para hacer atónitos todos los corazones, que es la tercera cosa que (como arriba notamos) engrandece este beneficio: conviene saber, la causa por que este clementísimo Señor se quiso ofrecer á tan grandes encuentros. La cual no fué necesidad, ni obligacion, ni merecimientos humanos, ni interese alguno, ni gloria que ya no tuviese merecida, sino sola bondad, sola caridad, sola piedad, sola misericordia, sola benignidad, sola compasion de nuestras miserias y deseo de nuestro remedio, y finalmente, como dice Zacarías (y), por solas las entrañas de su misericordia nos vino á visitar dende lo alto, para alumbrar á los que estaban asentados en tinieblas y sombra de muerte, y guiar nuestros pasos por el camino de la paz. Y llama aquí *entrañas de misericordia*, porque en este hecho se desentrañó Dios y hizo á manera de aquel que no teniendo ya que dar á quien bien quisiese, le diese (como suelen decir) las entrañas. Y esto es lo que tantas veces cantamos en el Credo, cuando decimos que este Señor por nosotros los hombres, y por nuestra salud (esto es, no por su salud, ni por cosa que interesase) descendió del cielo, y encarnó, y padeció, y fué sepultado. Pues ¿qué piedad, qué bondad, qué largueza, qué nobleza se puede imaginar mayor?

Y lo que mas es, pudiendo remediarnos este Señor por otras mil maneras si quisiera, quiso escoger esta que á él era mas costosa, por ser á nosotros sin comparacion mas provechosa. Y no debe pensar el hombre, que debe ménos por este beneficio que él recibe, por ser otros muchos los que gozan del; porque, como dice Sant Crisóstomo (z), este ha de ser el afecto y presupuesto del fiel siervo de Dios, que los beneficios hechos á todos ha de agradecer tanto como si á sí solo fuesen hechos, y de todos ellos se ha de tener por deudor; pues no rescibe dellos menor fruto, gozándolos muchos, que si él solo los gozara. Porque no menor beneficio rescibe del sol el que mediante su luz ve como todos ven, que si él solo viera. Esto es de Crisóstomo.

Pues siendo esto así, ¿cómo no nos deshacemos en servicio de tal Señor? ¿cómo no nos derretimos como la cera en el fuego con la fuerza deste amor? ¿cómo no deseamos padecer mil martirios por quien tantos por nuestra causa padeció? ¿cómo puede nuestro corazon olvidar este beneficio, y cesar nuestra boca de las alabanzas deste Señor? ¿cómo nos podemos contener de dar aquellas voces que dió Moises (a) cuando vió la figura deste misterio en el monte, proclamando á grandes voces la grandeza de la misericordia que allí le fué descubierta? ¿cómo finalmente no nos compadecemos deste Señor, cuando le vemos oprimido y cercado de tantas angustias y dolores por nuestro amor, viendo que él tomó sobre sí nuestra causa, para que á costa de lo que padecía el Señor, quedase libre su esclavo? Digámos pues todos con Sant Augustin: Maravillémonos, alegrémonos, amemos, alabemos y adoremos á este Señor; pues por su muerte somos reducidos de muerte á vida, de las tinieblas á la luz, del destierro á la patria, de la corrupcion á la incorrupcion, de las lágrimas al alegría, y de la eterna miseria á la gloria perdurable.

(y) Luc. 1. (z) Hom. in Psalm. 41. tom. 1. de Jejunio. Hom. 72. ad Pop. tom. 5. Ex cap. 8. Math. hom. 26. tom. 2. (a) Exod. 54.

Pues ¿qué corazon habrá tan de piedra, que no se entenezca con la grandeza deste beneficio, y no se regale con el fuego deste amor? Pues, ó Señor mio Jesucristo, que no quisiste perdonar á tí por amor de mí, suplicote quieras de tal manera herir mi corazon con tus heridas, y embriagar mi ánima con tu sangre, que do quiera que pusiere los ojos te vea crucificado, y cualquiera cosa que mirare me parezca estar teñida con tu sangre: para que transformado todo en tí, ninguna cosa halle fuera de tí, y ninguna pueda ver sino tus llagas.

Esta sea, Señor, mi consolacion, ser crucificado contigo; y esta me sea íntima afliccion, pensar algo fuera de tí. Esto baste para entender en alguna manera la grandeza deste beneficio (*), y amar al dador por él.

§. V.

Conjeturas por donde se rastrea algo la grandeza del amor que resplandece en este soberano misterio.

Agora veamos la otra causa de amar, que es el amor inestimable que este Señor nos tuvo. Pues como haya muchos medios por donde este amor se descubre, uno de los mas principales es padecer trabajos, y señaladamente muerte por la cosa amada: por lo cual dijo el Señor (b): Nadie tiene mayor caridad que el que pone la vida por sus amigos. Y para mas declaracion desto es de saber que los filósofos proceden de dos maneras en el conocimiento de las cosas; porque unas veces proceden por el conocimiento de los efectos al de las causas, y otras por el de la causa á los efectos, que es mas noble manera de proceder. Pues de ambas maneras procederemos aquí, para venir en conocimiento de la grandeza deste amor; el cual es tan grande, que, como dice el Apóstol (c), sobrepaja todo conocimiento, no solamente de los hombres, mas tambien de los ángeles: los cuales aunque tengan grandísimo entendimiento, no llegan á comprehender la grandeza desta caridad. Pues si el entendimiento angélico no basta para alcanzar este conocimiento, ¿cómo bastará el humano, que tan rastrero y tan corto es para penetrar las cosas divinas?

Mas porque del todo no carezcamos deste conocimiento (en que tanto nos va), pondré aquí tres grandes conjeturas, por las cuales se verá claro la grandeza desta caridad, y la promptitud de ánimo con que este Señor se ofreció á tantos trabajos por nuestro remedio. La primera es la grandeza de la gracia y caridad que le fué dada: la cual sobrepaja tanto á la caridad y gracia de los santos, quanto la lumbré del sol á la de las estrellas; pues si muchos de los santos mártires, por una pequeña parte que desta caridad tenían, se ofrecían tan alegre y esforzadamente á los mas crueles tormentos del mundo, ¿con qué promptitud y esfuerzo de corazon se ofreceria este Señor al martirio de la Cruz por la gloria de su Padre, y remedio del mundo, pues tanto mayor caridad y gracia tenia? Esto en alguna manera se puede conjeturar; mas ni se puede comprehender, y mucho ménos explicar con palabras. Mas puede el ánima devota zambullirse en este abismo tan profundo, para que por aquí vea la promptitud y devocion con que este tan grande amador se ofrecia á todos los encuentros y tempestades de los miembros de Satanás por nuestro remedio.

La segunda conjetura mucho para notar es la grandeza y muchedumbre de beneficios, que esta ánima

(*) En otros ejemplares se lee: y ante el dador por él.

(b) Joan. 15. (c) Ephes. 3.

sanctísima rescibió en el primer instante de su concepcion: de los cuales tratamos mas copiosamente en otro lugar. Mas aquí brevemente dirémos que todos los tesoros, riquezas y grandezas que Dios tenia, depositó en esta sagrada humanidad ante todo merecimiento. Porque despues de la mayor de todas las gracias que la omnipotencia de Dios puede dar (que fué la union con el Verbo Divino en una misma persona), estaba claro que se habian de dar á aquella ánima sanctísima todos los arreos, y gracias, y riquezas que convenian al ánima desposada en unidad de persona con tal Señor. Pues cuando esta ánima sanctísima se viese así engrandecida con tantos privilegios y dones ante todo merecimiento, ¿con qué amor amaria al dador de tan grandes bienes? con qué ardor desearia agradar y glorificar á tal bienhechor? Y entendiendo que la mayor gloria que le podia dar, y el mayor servicio que le podia hacer, era sanctificar las ánimas, y reducirlas á su servicio y obediencia, y que todo esto se habia de obrar mediante el sacrificio de su pasion, ¿con qué voluntad, con qué devocion, con qué ardor se ofreceria á esta pasion, con la cual el Padre eterno habia de ser tan gratificado, y el hombre tan copiosamente redemido? Pues ¿qué entendimiento podrá estimar esto como ello merece?

§. VI.

Prosigue la misma materia con la consideracion de la obediencia de Cristo, y superabundantísima satisfaccion.

La tercera conjetura deste amor es la perfectísima obediencia de Cristo en cuanto hombre. Porque una de las virtudes que mas resplandesció en las vidas de los santos, fué la perfeccion de su obediencia: como nos representan aquellos misterios animales del profeta Ezequiel (d), de quien dice que do quiera que sentian el ímpetu ó movimiento del espíritu, allí caminaban sin volver atras. Y esto tambien nos declara la promptitud de aquella tan grande obediencia de Abraham: el cual en oyendo la voz de Dios que le mandaba sacrificar su muy amado hijo Isaac, no dilató el negocio de dia en dia, sino luego levantándose de madrugada partió con el hijo para el monte donde lo habia de sacrificar. Pues si tal era la obediencia de los santos para con Dios, ¿cuál sería la del Sancto de los santos, que tanto mayor caridad y gracia tenia? Pues á este hijo tan obediente mandó su eterno Padre que amase á los hombres; y de tal manera los amase, que tomase sobre sí todas sus deudas y pecados, y se ofreciese al sacrificio de la muerte por ellos.

Y así dice él por Sant Juan (e): Poder tengo para poner mi vida, y despues para tomarla; porque este mandamiento me fué dado por mi Padre. Pues siendo tan grande la obediencia de Cristo para con su Padre, ¿con qué amor nos amaria el Hijo tan obediente, y con qué voluntad se ofreceria á la muerte que le era mandada?

Mas quanto esta caridad es mas incomprehensible, tanto nos hace á este Señor mas amable. Por la cual razon, no contento con el sacrificio de una simple muerte, quiso él juntar con ella tantas otras maneras de injurias y dolores, que ni en su sacratísimo cuerpo quedase parte sin tormento, ni en aquella república algun estado de personas que no entreviniese en su afliccion. El rey Heródes lo escarneció, el presidente lo sentenció, el discípulo lo vendió, los apóstoles lo desampararon, los pontífices y fariseos lo acusaron, los gentiles lo azotaron, las voces

(d) Ezech. 1. (e) Joan. 10.

del pueblo furioso lo condenaron, y los soldados lo crucificaron. Pues ¿qué diré de los tormentos de todo su sacratísimo cuerpo? Aquella cabeza, como dice Sant Bernardo (f), de que tiemblan los poderes del cielo, es punzada con crueles espinas; aquel rostro, mas hermoso que todos los hijos de los hombres, es afeado con las salivas de aquellas infernales bocas; los ojos, mas resplandecientes que el sol, están escurecidos con la presencia de la muerte; los oídos, que oyen cantares de ángeles, oyen escarnios y blasfemias de pecadores; la boca, que enseña los espíritus soberanos, es amargada con hiel y vinagre; las manos, que dieron salud á tantos enfermos, están afijadas en duros clavos; los piés, cuyo escabelo es adorado por ser sancto, están atravesados en un madero; el sagrado pecho traspasado con una lanza; el cuerpo concebido de Espíritu Sancto, desnudo al frio, al aire, y á la vista del mundo; y todos los miembros y huesos dél tan estirados que, como el Profeta dice (g), uno á uno se podian contar. ¡Oh amor que todas las cosas vences! ¿cómo te encruelces tanto contra la misma fuente de donde naces? ¿Hasta cuándo has de perseguir al inocente? Hasta cuándo, siendo tan dulce y tan suave para con todos, eres tan cruel para aquel de quien procedes? Pues el dulce Jesus no extraña tan gran fuerza de dolores, ni se mueve con tan gran lluvia de penas y aficciones, para entibiarse en el propósito comenzado; mas ántes con un incomprehensible deseo de nuestra salud, todo lo sufre por ella. Porque ningun hombre amador desta vida tanto deseó vivir, quanto este Señor deseó morir por dar salud y vida á nuestras ánimas.

El cual no contento con todos estos dolores de su sacratísimo cuerpo, no quiso tener el ánima libre de pasion; la cual tenia traspasada con tres clavos de entrañable compasion. El uno era de su innocentísima Madre que tenia presente, la cual amaba despues del eterno Padre sobre todas las criaturas, y así era amado della; y conforme á la grandeza deste amor era el dolor de ambos. Y así dice Sant Crisóstomo, que en este misterio habemos de contemplar dos altares: en el uno de los cuales se sacrificaba la carne del Hijo, y en el otro el ánima de la Madre. El otro clavo era de compasion de todos los que conocia haber de ser ingratos á este beneficio, y no habian de querer aprovecharse deste tan grande y tan copioso remedio. Y el tercero era de compasion de la ceguedad de aquel pueblo miserable, viendo cómo de ahí á pocos días habia de ser totalmente destruido por aquel tan gran pecado; de cuya perdicion tenia tan grande sentimiento, que la primera palabra que habló en la Cruz, fué rogar al Padre por él (h), como por cosa que mas le dolia.

Y porque nosotros habiamos ofendido á Dios con todos nuestros sentidos y miembros, haciendo dellos armas, como dice el Apóstol (i), para servir al pecado, quiso él satisfacer por todas estas ofensas con los tormentos de los suyos; para que así pagasen los tormentos del cuerpo verdadero por los pecados de los miembros del cuerpo místico, que era todo el género humano. Desta manera con las manos enclavadas pagó por las malas obras que cometieron las nuestras; con los piés afijados en el madero, por los malos caminos de los nuestros; con la lanzada de su sagrado pecho, por la deshonestidad de nuestros pensamientos; con las espaldas rasgadas

(f) In quod. serm. de Pas. Dom. ad calc. op. (g) Psalm. 21.

(h) Luc. 23. (i) Rom. 6.

con azotes, por los deleites sensuales de nuestra carne; con los ojos llorosos, por la codicia y curiosidad de los nuestros; con la hiel y vinagre de su boca, por las golosinas y apetitos de nuestra gula; con la púrpura de escarnio, por la vanidad de nuestros atavíos; y con las salivas de su divino rostro y corona de espinas, por los aderezos y galas con que el linaje de las mujeres se compone para ser lazo hermoso del enemigo.

§. VII.

Concluye la materia deste capítulo, arguyendo á nuestra ingratitud.

Pues de todos estos trabajos fué la causa (como dijimos) su ardentísima caridad; la cual fué figurada en aquel viento abrasador que envió Dios por la oración de Moisés (*k*); el cual arrebató la muchedumbre de langostas que destruían la tierra de Egipto, y las echó y ahogó en el mar Bermejo. Pues ¿qué necesidad tenía Dios desta invención para limpiar la tierra desta plaga, pues pudiera tan fácilmente destruir toda esta langosta como la pudo producir? Mas quiso él que esto fuese así, para representarnos el ardor de la caridad de Cristo, la cual le movió á tomar sobre sí todos los pecados, que mucho mas que langostas destruyen la hermosura de las ánimas. Los cuales ahogó en el mar Bermejo; porque con el sacrificio de su sangre preciosa los destruyó. Esto es lo que por palabras mas claras nos enseñó el Apóstol, cuando dijo (*l*): Si la sangre de los toros y cabrones, y el rocío de la ceniza de la becerra sacrificada purificaba en el tiempo antiguo las inmundicias corporales de aquella ley, ¿cuánto mas poderosa será la sangre de Cristo, el cual abrasado con fuego del Espíritu Santo, ofreció á sí mismo purísimo y sin mácula de pecado en sacrificio, para purificar nuestras conciencias de todos los pecados, y así servir á Dios vivo? Ciertamente es que cuanto va de sangre á sangre, tanto va de sacrificio á sacrificio; lo cual sobrepuja á todo entendimiento.

Pues pasando esto así, ¿quién habrá tan inhumano, que no ame tal amor? ¿Quién no amará tal Redemptor? ¿Quién tendrá corazón tan de piedra, que no se ablande con el calor deste fuego, pues las piedras con él se deshacen? ¿Quién no procurará de padecer por la gloria de su Señor, lo que el Señor padeció por su vil criado? ¿Quién no abrazará y besará aquellas sacratísimas llagas, y adorará aquella preciosísima sangre con que fué lavado y rescatado? ¿Quién no amará puramente y sin esperanza de interese, al que de pura gracia así nos amó, así nos remedió, así nos libró, así nos honró, así nos juntó consigo, así nos reconcilió con su Padre, así nos restituyó á nuestra patria? Pues ¿quién será tan ciego, que no vea por todo lo dicho cuán grandes estímulos y motivos nos da el misterio de la Cruz para amar á Dios? ¿Quién no ve con cuánta razón dijo este Señor (*m*), que venía á poner fuego de amor en la tierra, y quería que ardiese? Esto es en conclusión lo que en otra parte dijo (*n*): Si yo fuere levantado de la tierra, y puesto en cruz, todas las cosas traeré á mí. ¿Con qué fuerzas? ¿Con qué cadenas? Con la fuerza de la caridad y amor que todo lo vence. Por donde con mucha razón exclama Sant Bernardo, diciendo (*o*): ¡Oh buen Jesús, cuán dulcemente conversaste con los hombres! ¡Cuán liberalmente tan largas y copiosas mercedes les hiciste! ¡Cuán fuerte-

(*k*) Exod. 10. (*l*) Hebr. 9. (*m*) Luc. 12. (*n*) Joan. 12.
(*o*) Serm. de Pas. Dom.

mente tantas maneras de trabajos por ellos sufriste, duras palabras, y mas duros azotes, y muy mas duro tormento de muerte! ¡Oh endurecidos hijos de Adam, cuyos corazones no enternese tanta benignidad, tanta llama, y tan grande fuego de amor, y tan vehemente amor, que por tan viles alhajas dió mercadurías tan preciosas! ¡Oh buen Jesús! ¿que á tí con la muerte? ¿Que á tí con los azotes? ¡Nosotros debemos, y tú pagas! ¡Nosotros pecamos, y tú padeces! ¡Obra sin ejemplo! ¡Gracia sin merecimiento! ¡Caridad sin modo! Por tanto, hombre desconocido, si amas á tí, habiéndote tú destruido, ¿por qué no amarás á aquel que te restituyó? Y si aquel Señor tanto amó á nosotros que somos nada (y porque somos malos, aun ménos que nada), ¿por qué no amarémos á aquel que es summamente bueno, pues lo que él pretendió con este tan grande beneficio, fué inflamarnos en su amor, y ayuntarnos perpetuamente consigo, y finalmente hacernos participantes de su misma bienaventuranza y gloria?

Todo lo dicho hasta aquí sirve para abrasar nuestros corazones en amor de un Señor que tanto bien nos hizo y tanto nos amó, y para esforzarnos á padecer cualquier trabajo por amor de quien tanto por nuestra causa padeció; pues, como dice Sant Gregorio (*p*), el amor de Dios nunca está ocioso: ántes obra grandes cosas, si es amor; y si las deja de obrar, no lo es. Mas ¿qué diré aquí de la malicia y perversidad humana? La cual toma motivo para holgar y descansar, de donde lo habia de tomar para mas trabajar. Mas porque esta perversidad es uno de los mayores males que hay agora en el mundo, contra él disputaremos de propósito en el capítulo que se sigue.

CAPITULO XV.

Nono fructo del árbol de la Cruz, que es la esperanza.

Demás de la caridad teníamos también necesidad de la esperanza su hermana; porque como por el pecado quedamos tan desnudos y pobres, no nos quedaba otro remedio sino levantar los ojos á Dios, y esperar remedio dél para todos estos males, muchos de los cuales no se pueden curar sino por él. De manera que en este valle de lágrimas, donde andamos peregrinando, y en este golfo tempestuoso donde á cada hora se levantan nuevas tormentas, esta es el áncora, como la llama el Apóstol (*a*), con que nos habemos de asegurar. Así lo testifican todas las sanctas Escrituras; conforme á lo cual dice el Señor por Esaías (*b*), hablando con su pueblo, que en la virtud de la esperanza estará su fortaleza. Y David dice (*c*): En paz juntamente dormiré y descansaré; porque vos, Señor, pusistes mi remedio en la esperanza de vuestra misericordia. Mas destas autoridades hallarémos muchas en los Salmos, porque apenas hay alguno que no haga mención desta virtud.

Mas aquí es de notar que hay cuatro principales materias desta esperanza. La primera es de la bienaventuranza advenidera; la segunda, del perdón de los pecados, que son los impedimentos del fructo desta esperanza; la tercera de ser oídas nuestras peticiones; la cuarta de ser socorridos y amparados de Dios en nuestras tentaciones y trabajos. A todas estas cosas y otras semejantes se extiende esta virtud, y para todas tenemos grandes estribos y motivos en el árbol de la sancta Cruz.

Mas entre estas esperanzas la principal es la primera, (*d*) In Act. Apost. cap. 15. hom. 52. tom. 5. (*e*) Rom. 4. (*f*) Luc. 11.

que es la esperanza de la vida eterna, y de la vision beatífica de Dios, á la cual se ordenan todas estas esperanzas; y esta nos es grandemente necesaria, porque quitada la esperanza del galardón ¿quién tendrá manos para bien obrar? Este galardón esencialmente consiste en la vision de la esencia divina: para lo cual es necesario que el mismo Dios levante y esfuerce el entendimiento humano con la lumbré que llaman de gloria, y que la misma esencia divina sin ningun otro medio se junte con nuestro entendimiento; con la cual deificado y hecho como Dios, sea poderoso para ver á Dios de la manera que él es en su misma gloria y hermosura, como lo ven los ángeles. Esta union es una de las cosas mas admirables, y mas inefables que hay, y mas increíbles al parecer humano, por la infinita distancia que hay entre estas dos naturalezas, divina y humana, para juntarse la una con la otra; y también por la condición y bajeza de nuestro entendimiento, que ni puede penetrar la esencia de las cosas espirituales, ni entender sin las figuras é imágenes de las cosas corporales. Pues porque (como dice Sancto Tomas) con dificultad se podía acabar con el hombre que creyese y esperase una union tan alta y tan admirable, hizo Dios otra mas admirable, que fué la del Verbo divino con la naturaleza humana: para que no desconfie el hombre que podrá hacerse una cosa con Dios por gracia, pues ve á Dios hecho hombre por naturaleza. Porque, como dice Sant Crisóstomo (*d*), mucho mayor cosa es hacerse Dios hombre por naturaleza, que hacerse el hombre Dios por gracia. Y pues vemos hecho lo uno, es razón que creamos y esperemos lo otro, mayormente siendo lo uno causa de lo otro; porque por el misterio de esta union de Dios con el hombre, se da al hombre la union de su entendimiento con Dios.

Ni es menor la dificultad de la esperanza en las otras materias que dijimos. Porque así como el hombre ha de hacer fuerza á su entendimiento para creer lo que no ve, así la ha de hacer á la voluntad, para que espere lo que no posee, mayormente cuando nos faltan y desaparecen todos los presidios y socorros humanos, y por ninguna parte se descubre algun rayo de luz ni de remedio. Porque en este tiempo es dificultoso hacer lo que hizo Abraham (*e*), que es tener esperanza contra esperanza: esto es, no descubriéndose algun remedio por la razón y prudencia humana, esperar de sola la misericordia divina. Pues para esto ¿qué ayudas se nos pudieran dar mas poderosas, que las que tenemos en el misterio de la Cruz? Ca todos los motivos de que arriba hicimos mención, que nos incitan á amar á Dios, esos mismos nos mueven á esperar en él. Porque ¿en quién esperaré yo mas confiadamente, que en un Dios tan bueno? En un bienhechor tan largo? En un amor tan grande, y en un padre tan rico, tan piadoso y tan poderoso? Porque si en nadie puede tener un hijo mayor esperanza que en su padre, ¿cómo no esperaré yo en quien es tanto mas padre, y tanto mas me ama, y tanto es mas bueno, y tantos mayores beneficios me tiene hechos? Este es el argumento que nos hizo el mismo Hijo de Dios en su Evangelio, cuando dijo (*f*): Si vosotros siendo malos sabeis dar dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre, que está en los cielos, hará su espíritu bueno á quien se lo pidiere? Pues ¿qué no se podrá esperar de un Padre tan

(*d*) In Act. Apost. cap. 15. hom. 52. tom. 5. (*e*) Rom. 4. (*f*) Luc. 11.

piadoso, que nos dió á su propio Hijo? Que es otro argumento que hace Sant Pablo cuando dice (*g*): A su propio Hijo no perdonó Dios, sino entrególo á la muerte por todos nosotros. Pues ¿cómo no nos habrá dado con él todas las cosas? Como si dijera: Quien dió lo mas, y tanto mas, ¿cómo no dará lo ménos, y tanto ménos? Porque todo lo demás que se puede dar, por mucho que sea, es poco en comparación desta dádiva en que se da el Hijo de Dios. Finalmente si este Señor nos hizo tan grandes mercedes con tanta costa suya, ¿cómo apretará agora la mano, y la encogerá despues de hecha la costa? Este es el principal estribo de nuestra esperanza, y el principal caudal de nuestra hacienda. Pues ¿quién se verá tan derribado y tan desmayado en medio de sus tribulaciones y peticiones, que no se alegre y esfuerce con estas tan grandes prendas y rehenes de la misericordia y providencia paternal de Dios? Quien con esto no se esfuerza, ¿qué cosa habrá que lo pueda esforzar?

§. I.

Perversidad de los que perseveran en sus pecados, confiados en la grandeza deste beneficio.

Mas en este lugar se nos ofrece una materia muy lastimera, que es el abuso y perversidad del corazón humano, de que en el fin del capítulo pasado hicimos mención, el cual confiado en la grandeza deste beneficio, toma ocasión para perseverar seguramente en su pecado. Porque si preguntáredes á cuantos desuellacaras hay en el mundo, por qué causa perseveran toda la vida en sus maldades, y cómo piensan, viviendo mal, salvarse, luego os acuden con la fe de Cristo, y con la esperanza en su sagrada pasión. De manera que siendo ella el mayor estímulo y motivo que tiene la virtud y el temor de Dios, ellos trastornan y pervierten de tal manera el consejo y beneficio de Dios, que hacen de la medicina ponzoña, y motivos para pecar de lo que habia de ser para le servir y amar.

Este ha sido (y lo es agora) uno de los grandes embustes de nuestro adversario, el cual pretende competir en la maldad con la grandeza de la divina bondad. Porque así como esta tiene por oficio sacar de los males bienes, así por el contrario la malicia del enemigo tiene por estilo sacar de los bienes males. Desta manera hace que de las sanctas Escrituras (que nos fueron dadas para luz y gobierno de nuestra vida) hayan sacado los herejes tinieblas de errores y perversión de nuestra vida, falsificando y destrozando las palabras divinas, para fundar en ellas sus engaños; y con la misma astucia ha hecho que del divínísimo misterio de la Cruz (que tantos motivos nos ha dado para la virtud) saquen los malos razones y argumentos para perseverar en sus vicios. Porque como todos los hombres, por malos que sean, por una parte deseen salvarse, y por otra rehusan el camino de la virtud (por ser contrario á sus apetitos), han buscado este medio para consolarse y asegurarse en sus maldades, diciendo que ya Cristo pagó por ellos: como si para esto viniera el Hijo de Dios al mundo y padeciera, para hacer á los hombres viciosos, y haraganes, y enemigos de todo virtuoso trabajo.

Pues contra este engaño militan todas las sanctas Escrituras, que tantas veces nos incitan al trabajo de las buenas obras, y juntan el temor de Dios con la esperanza, para que lo uno sea como correctivo de lo otro. Así

(*g*) Rom. 8.